

Las suscripciones son por Pagos anticipados. Madrid, 1.50 pesetas al mes. Provincias, pesetas 6 trimestre en la Administración, y 8.50 por giro y comisionado. Portugal, 3 pesetas. Extranjero, 12 trimestre. Antillas y Filipinas, 15 pesetas, y países fuera de la Unión postal, pesetas 18. Semere suelta, 5 céntimos.

Se suscribe en la Administración del periódico y en todas las librerías de Madrid y provincias.—También se reciben en la Administración, comunicados y anuncios españoles y extranjeros á precios convencionales. Toda la correspondencia administrativa debe dirigirse á la calle de la Libertad, núm. 29, al Administrador de EL CORREO.

## BUSCANDO LA SOLUCIÓN

Es indudable que los últimos sucesos, aparte de las hondas meditaciones que suscitan, han influido en el ánimo de muchas personas en cuanto á la solución que pueda tener la presente crisis política, pareciéndonos lógicas y bien razonadas las observaciones del notable artículo que hoy publica *El Imparcial*.

Es evidente que, como medio de restablecer la paz moral, se ha pronunciado en los últimos días un movimiento claro de benevolencia hacia el advenimiento inmediato al poder del Sr. Sagasta, y no nos extrañaría que participaran de la propia opinión aquellas personalidades de mayor inteligencia y autoridad en el partido liberal, las cuales, por cierto, tenían, hasta poco hace, de los problemas políticos los mismos juicios expresados por EL CORREO cuando dijo, en días más tranquilos, que no convenía precipitar los sucesos.

Los acontecimientos, sin embargo, tienen fuerza tan soberana, que de su influencia no puede nadie sustraerse; y así se explica el cambio que también en este punto revela el artículo de *El Imparcial*.

Nuestro colega reconoce que sólo el Sr. Sagasta, dentro de la actual organización, tiene fuerza para restablecer la paz moral; necesidad de tal urgencia que los demás inconvenientes quedan relegados á lugar secundario.

Ocurre, á todo este, que el partido conservador ha llegado á tal quebranto, que la misma pluralidad de combinaciones que se cotizan en sus filas, como remedio á la situación presente, revelan un estado de caos y de incertidumbre, cuyos peligros no podrán ocultarse á ninguna persona perspicaz. Y en cuanto á ese otro Gobierno neutro, formado con retazos de aquí y de allá para obtener, según

se dice, la aprobación del Presupuesto, sólo tendría eficacia para aumentar la presente confusión y para encender la ira de liberales y conservadores.

Aparte de otros antecedentes, que explican la presente situación de las cosas, estamos padeciendo las consecuencias de la anomalía que se produjo en el régimen constitucional y en la marcha ordenada de los sucesos desde aquella absurda y extravagante crisis llamada de la coronada, en los momentos, como declara noblemente *El Imparcial*, de paz más profunda en el país, y cuando el partido liberal, después de la gran Exposición de Barcelona, de haber desarmado á los partidos radicales y de haber obtenido para la Regencia un prestigio extraordinario, cayó prematura y caprichosamente del poder.

Los efectos de aquel error aún se están tocando, porque desde entonces, rota la normalidad, todas las crisis se han producido fuera de sazón y por causas subalternas.

En la situación presente de las cosas, siendo tantos, tan complejos y tan graves los problemas acumulados, así en el orden político como en el financiero, no nos hacemos nosotros la ilusión de que un simple cambio de Gobierno ponga inmediato remedio á tantos males; y mayor sería aún nuestra desconfianza, si no se procede con aquel desinterés, con aquella elevación de ideas y con aquella serenidad de juicio que piden las circunstancias; pero en el interin y miradas las cosas como se nos ofrecen en el presente momento, creemos, como *El Imparcial*, que para restablecer la paz moral está indicado el llamamiento al poder del Sr. Sagasta.

### DECLARACIONES

### DEL GENERAL WEYLER

Tienen importancia estas declaraciones que al general Weyler atribuye el *Heraldo*:

«Nadie más que yo—dijo—lamentaba la situación anormal que se ha creado, y nadie ha hecho más que yo para evitar

que viniera á mis manos el poder civil. Claro está que, habiendo hecho lo posible por evitarlo, y una vez declarado el estado de guerra, he de cumplir con todos mis deberes, como acostumbre á hacerlo en todos los puestos que se me confían.

Esto no quiere decir que este bando sirva para impedir el libre ejercicio de la política.

Yo no estoy aquí para impedir que se juzguen los actos de los gobiernos y de los partidos, ni para poner silencio á las críticas que se refieren al desenvolvimiento normal de la política.

Estoy aquí para garantizar el orden público, en los últimos días perturbado; para impedir que se ataque á las instituciones inviolables; para restablecer la normalidad, que se había perdido con los últimos sucesos.

Claro es que una vez publicado el bando, estoy resuelto á que se cumpla, pero en el sentido que queda indicado.

«No me es grato tener que ejercer la censura con la prensa; pero estos excepcionales estados imponen esta carga, y porque no me es grato, anticipo á usted que transcurridos estos días de Carnaval, reinando el orden, como creo, convocaré á los directores de periódicos para indicarles mi propósito de publicar otro bando suprimiendo la previa censura, dejando á su discreción el mandar á esta capitán general, para el previo conocimiento, aquellos trabajos que puedan contener conceptos que merezcan el obtener su aprobación.»

## LA PRENSA

### y el cambio de Gobierno

#### De El Imparcial

«Hay algún especialista apto para tal objeto? Nosotros vemos solamente uno: el partido liberal.

Decimos esto con toda la sinceridad de nuestro patriotismo. El partido liberal es la única bomba de apagar incendios, de la cual habíamos ajet.

«Ni se nos oculten sus deficiencias ni creemos que á estas alturas ese partido haya de hacer milagros. Pero si él no restablece en los espíritus la indispensable, aunque relativa, tranquilidad de que gozaba antes, nadie la restablecerá.»

Cuando á la muerte del Rey D. Alfonso y constituida la Regencia vine al poder el Sr. Sagasta, surgió el período de paz más honda y efectiva que ha tenido el país durante el último siglo.

#### El Heraldo

«Está hecha la opinión á la idea de que nada se resuelve con el cambio de personal, si ha de continuar la situación conservadora, sino que es de alta conveniencia un cambio de política en sentido ampliamente liberal, y así lo manifestaban esta mañana los propios conservadores que asistieron al entierro del Sr. Rolland.»

#### El Nacional

«La impresión más corriente se resume en que los conservadores han fracasado resueltamente; que se intentarán solucio-

nes circunstanciales antes de apelar á Sagasta, y, que si no es practicable ninguna, á él se le entregará el poder.»

#### El Liberal

«Aunque poco válida, corre la especie de que todo se reducirá á una simple devolución de los poderes que el Sr. Silvela entregó al general Azcarra en depósito. Nada más absurdo ni más inadmisible. No es el actual ministerio quien fracasa y cae.

Cae y fracasa en todas sus tendencias y en todos sus aspectos la política de Unión conservadora.»

#### Opinión del general Polavieja

##### Dice La Correspondencia:

«El general Polavieja ha manifestado que pierden el tiempo los que de buena ó de mala fé han indicado su nombre para una combinación ministerial.

En mi sentir—ha dicho—no hay otra solución que el partido liberal.»

## CEREMONIAL DE APERTURA DEL PARLAMENTO INGLÉS

En el espacio de cuarenta años, desde la viudez de la reina Victoria, toda clase de aparatoses espectáculos oficiales habían sido relegados al olvido. Hoy reaparecen, y hé aquí los detalles del ceremonial de la apertura del Parlamento inglés:

La carroza regia usada por Eduardo VII no se ha utilizado desde 1861. Va tirada por ocho caballos de color crema, con pestillones, y escoltada por lacayos á pie.

Es extremadamente pesada y mide 30 pies de longitud. En la apertura de este año se han observado los precedentes de 1886; de modo que ha sido seguida de otros seis carruajes, de los que unos llevan seis caballos negros, con pestillones y lacayos á pie, y otros cuatro caballos, negros también, guiados á la *daumont*.

Los grandes oficiales del Estado aguaridan al rey, que desciende de la carroza de gala á la entrada de la Torre de Victoria que da acceso á la Cámara de los lóres. Sube con el cortejo la escalera, y en una pieza próxima viste el manto real forrado de armiño.

El cortejo lleva el siguiente orden: heraldos de armas, escuderos de servicio, gentiles hombres, ujieres, pajes de servicio, el intendente de la casa real, el secretario particular y tesorero privado, el jefe del gobierno, el lord gran condeiller, el ujier de la vara negra, el rey de armas de la Jarretera, el gran mariscal y el lord gran chambelán, el portador de la espada del Estado, el rey, la reina y la princesa Victoria. En otros coches van las damas de honor, el gran escudero y el lord intendente, el lord de servicio cerca de S. M., cuatro pajes de honor, el capitán de los yeomen, el portador de la vara de oro, el capitán de los gentiles hombres de armas, un teniente coronel

llevando la vara de plata, el coronel de servicio, un oficial y uno de los yeomen de la guardia.

El rey, revestido de un manto de terciopelo carmesi forrado de armiño y bordado con galón de oro, se pone un sombrero de terciopelo y armiño; entónces el orden de la comitiva se modifica. A son de trompeta, los heraldos y hombres de armas, galoneados de oro, se ponen á la cabeza del cortejo, que sigue por la galería que conduce á la Cámara de los Lóres.

En 1886, lord Salisbury, en calidad de primer ministro, llevaba el mandoble de Estado, en cuya vaina, cubierta de terciopelo rojo, se ven las armas reales, las de los Tudor, las escudos de Escocia y el principado de Gales y la flor de lis de Francia.

La corona real, llevada en 1886 por el duque de Portland, fué construida en 1888 para la reina Victoria, con las joyas de la antigua corona que habían servido á los reyes desde Carlos II hasta Guillermo IV, á las que se añadieron numerosas piedras preciosas. Esta corona pesa 40 onzas. Está incrustada de diamantes, zafiros, perlas y rubíes. El rubí más célebre es el que está en el centro de la cruz de Malta. Fué regalada á Enrique V por D. Pedro I de Castilla, y en la batalla de Arincourt salvó la vida de aquél, amenazado por el duque de Alençon. El gran zafiro proviene del anillo de Eduardo el Confesor; las demás piedras notables son cuatro grandes perlas de forma de peras, que van pendientes de la corona.

La reina lleva otra pequeña corona, menos pesada, y que sostiene, por tanto, con más facilidad.

El marqués de Winchester tiene el derecho hereditario de transportar el sombrero forrado de armiño.

La escoba en la Cámara de los Lóres resulta magnífica. Los yeomen de la guardia y los heraldos de armas, en traje de corte, abren la procesión real; los lóres se revisten de escaziata y armiño.

Las damas que ocupan las galerías vesten como en las recepciones de gala: de negro con guantes y plumas negras y con diademas de diamantes y otras piedras preciosas.

Asisten también las señoras del cuerpo diplomático.

El ujier portador de la vara negra, después de haber recibido órdenes, se dirige á la Cámara de los Comunes y da tres golpes.

Una vez recibidos, se inclina profundamente ante el *Speaker*, y dice:

—Sr. *Speaker*, el rey ordena á esta honorable Asamblea que se dirija inmediatamente á la Cámara de los Lóres.

\* Los comunes, precedidos del *Speaker*, se presentan entónces en la Cámara de los Lóres, y el rey lee el discurso que le entrega el gran Canciller rodilla en tierra.

Terminada la lectura, se retira la corte con el mismo ceremonial. Vuelven á su

Saunders, el Elefante, que debía llenar de oro las arcas de la asociación. Este nombre y el de Fergus fueron los únicos que él pronunció.

Aquella comida era la última que debían tener en Escocia, por que se iban á dispersar los asociados con instrucciones detenidamente discutidas en aquel tenebroso Congreso.

Todo este, Stephen, os parecerá tal vez increíble, y ¡ojalá no fuera más que un sueño, y no tuviera yo tan terrible prueba de su realidad!... Mas á vos, y al que le ponga en duda, les mostraré en comprobación un sepulcro...

Su Honor había contestado brevemente y con palabras muy medidas á todas las preguntas, que parecía empezaban ya á cansarle, pues se volvía sin cesar á mirar á Harriet, como acusando á sus súbditos de que le robasen algunos momentos de placer.

Al terminarse la última se puso en pie, hizo un saludo verdaderamente real, y dijo sonriéndose:

—Milores y caballeros: para cada cosa su tiempo; hemos pasado toda la semana discutiendo, combinando y deliberando. Ahora alegrémonos.

Estrepitosos aplausos resonaron por las seculares bóvedas de la capilla, y el nombre de Fergus ¡Fergus para siempre! fué por todos repetido frenéticamente. La orquesta rompió á una señal hecha por Su Honor, sonaron á un tiempo todos los instrumentos produciendo una viva y brillante armonía: formáronse unas parejas, y siguiendo al preludio un vals muy animado, á los cinco minutos bailaban la mitad de los concurrentes, y á los otros cinco no quedaban ya sentados más que Su Honor y mi hermana. Todos bailaban formando un círculo alrededor de la mesa, que me fatigaba la vista seguirlo, y sentía en mi cara alter-

nativamente el aire perfumado de los vestidos de terciopelo, y el roce de los hábitos de sayal.

Su Honor seguía teniendo abrazada á la joven del peinador, haciéndole caricias, hablando ambos en voz baja, y mi desdichada hermana engañada, creyéndose sin duda feliz. Así que el vals llegó á su último término de celeridad, Su Honor besó la mano á mi hermana, y ajustándose la toga por la cintura, la tomó en brazos, bajó con ella las gradas de su asiento, y la orquesta cambió su acento: como un compás por el de uno de esos fantásticos valsos alemanes, que mecen el alma como las elegías de sus poetas.

Hasta entónces no pude ver la cara de Harriet. ¡Ay, Stephen era ella... no me habla engañado mi desesperación. La pobre insensata se sonreía creyendo bailar en su boda, y su sonrisa me desgarraba el corazón. Aquel hombre la llevó sin resistencia y se interpuso con ella entre los que bailaban; de estos, varios desaparecieron al instante; los demás, cansados ó por curiosidad, se fueron colocando en semicírculo al rededor de los dos, de forma que á muy corto rato quedáron bailando solos Harriet y su pareja.

Me parece que la estoy viendo, Stephen, pasar repetidas veces risueña y alegre por junto á mí que estaba echado de espaldas, sin movimiento y sin poder hablar... Todavía creo ver su gracioso y esbelto cuerpo abandonado con confianza al robusto brazo de aquel hombre... ¡Oh Stephen! ¡aquel hombre le aborrezco!... ¡lo detesto con toda mi alma!

Por todas partes se oía un murmullo de admiración, porque ambos eran hermosos, hasta que Harriet, no pudiendo ya respirar, dejó caer su cabeza sobre el hombro de Su Honor, y éste se paró al instante y la colocó sobre un ancho sofá que ocupaba el testero de la mesa.

—A lo menos—contestó Stephen—era una idea que solo podía ser hija de vuestra turbación y aturdimiento.

—Oh, sí! tenéis razón, mi turbación era extremada... mi aficción lo era también... y la idea desatinada y vil. Por eso la procuré desechar con todas mis fuerzas, y cerré los ojos para recogerme y volver á mirar mejor. Aquel era, seguramente, ¡Dios mío! su pelo rubio; aquéllas sus espaldas, ¡y aquel peinador no probaba, por último, que la acababan de arrancar de los brazos del sueño?

—¡Ah, Frank!—le interumpió Stephen.

—Os suplico que...

—Gracias, Mac Nab—dijo trabajosamente Perceval, apretando la mano de su amigo.—Os lo agradezco mucho... Sois generoso y os amo... ¡Oh! No es verdad que detendría á Harriet contra cualquiera que osara decir que había recostado su frente virginal sobre el hombro de un bandido.

—Estáis delirando, amigo—exclamó Stephen—yo detendría á todo trance su honor porque la he conocido... ¡Pero qué boca habría tan vil que se atreviera á acusarla?

Frank suspiró, se le extravió la vista, y con voz baja y calma aterradora dijo:

—La boca que para eso se abriese, quedaría cerrada para siempre... porque yo sólo en el mundo tengo derecho para acusar á la hija de Perceval.

Stephen, sobrecoigido de espanto, nada dijo, y Frank continuó:

—Horrible tormento era aquel para mí, porque estaba sujeto sin poder hacer nada, ni aun moverme, ni aclarar la duda que me ahogaba. La joven seguía vuelta de espaldas, y aunque mis ansiosos ojos no la abandonaban un momento, no podía conseguir ver su cara: todo cuanto allí estaba había desaparecido para mí;

sólo había quedado ella y el hombre que llamaban Su Honor.

Ellos también parecía que habían hecho lo que yo, aislarse de los demás: él la tenía abrazada, acariciándola con pasión y estrechándola contra su pecho, y ella correspondía sin cesar á sus caricias, notándose en ambos un amor muy diverso del obscuro que se veía en los demás de la mesa, pues el hermoso fraile tenía maneras delicadas y atentas, y ella conservaba candor hasta en su abandono.

¡Oh, Stephen! ¡hubiera preferido verla como las otras, voluptuosa por hábito y por placer, y gozando de los deleites de disipación!... Decidme, ¿creéis que una muchacha arrancada de su cama, transportada por subterráneos inmensos y desconocidos, á la roja luz de las hachas, en brazos de hombres de mala catadura, pueda perder de pronto el juicio y volverse loca?

Stephen comprendió al momento esta bruesa pregunta, pero apartó que no, y le interrogó con la vista.

—¿Qué!—repuso Perceval con dureza—¿no sabéis bastante para poderme lo decir?

—No hay duda—contestó Stephen—que el espanto y el estupor pueden... se han dado ejemplares...

Frank le interrumpió, y apretándose la frente con ambas manos, le dijo:

—Disimuladme, Stephen... cuando me acuerde de esto, deliro; además, ¿para qué necesito yo del dictamen de la ciencia médica?... Ella no conocía á aquel hombre, y por hermosa que fuera, la fascinación no podía producir efecto en media hora...

—Pues qué, ¿era ella, en efecto?—murmuró Stephen.

Frank dió un brinco entre las sábanas y exclamó:





